Desde el río *

«Nunca había sentido que fuera más lenta y violenta la vida como caminar entre un amontonadero de gente; igual que si fuéramos un hervidero de gusanos apelotonados bajo el sol, retorciéndonos entre la cerrazón del polvo que nos encerraba a todos en la misma vereda y nos llevaba como acorralados. Los ojos seguían la polvareda; daban en el polvo como si tropezaran contra algo que no se podía traspasar. Y el cielo siempre gris, como una mancha gris y pesada que nos aplastaba a todos desde arriba. Sólo a veces, cuando cruzábamos algún río, el polvo era más alto y más claro.»

JUAN RULFO

A Juan Rulfo, por sus lecciones de siempre

En verdad, de los numerosos ríos que conocía, el Manzanares, con ser el menos caudaloso y el más desquiciado de todos, era el que había tenido que cruzar más veces, siendo tal vez por ello que Lucas Sicardi, a pesar de haber soportado las molestas consecuencias derivadas del agua escasa y excesivamente cargada de residuos, como el mal olor y las correspondientes arcadas ante la aparición de algún animal hinchado, nauseabundo en su cadavérico tono verdoso, había llegado a sentir por el madrileño afluente cierta piedad extraña, muy cercana al respeto. El río se le aparecía, después de tantos años, como alguna ganancia laberíntica perteneciente a su mundo de proscrito, y no únicamente por la literatura que esta atarjea natural había venido mereciendo desde hacía siglos por el simple hecho de cruzar Madrid, tampoco por su inapropiado aunque hermoso nombre y mucho menos por añoranza de otros y nostalgia del Guadiana en particular —a cuyo lado este Manzanares mínimo se hubiera convertido en lombriz, tratando de competir con lenta, majestuosa anaconda—, sino porque dándose el caso de la gran admiración que sentía Sicardi por Goya, su pintura y todo lo que rozara al genial sordo, la maltrecha corriente de agua le hizo asociar la imagen más querida del aragonés, el Goya más real, contrapuesto al imaginado en el Coto de Doñana, en Burdeos y, sobre todo, totalmente distinto del que creyó avistar en Zaragoza. Era esta angosta aventura del Goya más auténtico y popular y la reconstrucción de su peregrinaje por un Madrid astroso la mejor compañía de Sicardi en los pensamientos obsesivos que le perseguían en los callejeos dedicados a sustituir su agobiadora realidad, hasta poder permanecer en el vuelo diario junto a los habituales compañeros de taberna, desconocidos en la intimidad, pero, siempre, dispuestos a mostrar esa fraternidad fingida de los que pertenecen al

* Páginas de la novela inédita *Los póstumos ganados*, dedicada a Rulfo, Onetti y Droguett. Finalista en el premio «Felipe Trigo».

gremio feudatario del alcohol. Así, aunque siempre pensó que el río pasaba avergonzado, sin dejar en su lecho nada valioso a no ser joyas de alcantarilla, éste se convirtió en una obsesión más de las que componían sus inarmónicas defensas, entre el polvo veloz de los vertiginosos automóviles de una ciudad no ya odiada, sino incluso quid de inmenso encono por cuyo fermento se atrofiaba hasta desear ser destruido con toda ella y sus alrededores. A ello, contribuían también los perifollos locos de los intermitentes, los guiños quiméricos de semáforos y neones, el imprevisto, caprichoso movimiento de gentes inexplicablemente agresivas y siempre apresuradas, urgentes, con la ofuscada velocidad de quien marchase a su propio entierro. Toda esta carga de sandeces que vetaba sus costumbres domésticas, cambiándolas por el ajetreo desmedido, inútil, le hacía volver la vista hacia el Manzanares y, si en verdad no lograba mirar el agua con agrado, se acostumbraba a imaginar el caudal de cieno en tiempos mejores. Volvía por instantes a la realidad, se trasladaba junto a los giros caprichosos de los perros y gatos en descomposición, las botellas de plástico, los desperdicios variopintos de la ciudad. El Manzanares cruza. Lleva el río aprendiz, discípulo, alumno o principiante, su ya vieja nostalgia de cauces poderosos. Ahora el destino logró que olvidara el tiempo de ser agua sin pretensiones bordeando la villa con deseos de ser Jarama, después Tajo, y convertirse en mar, en mar inmenso. Hoy el Manzanares pasa avergonzado, sin derribar los muros que son cárceles, ya río urbano y suburbial. Aunque nunca fue grande, aunque jamás su curso se vistiera de altisonantes remolinos, ya su serpenteo pacífico recortado en paredes, sus márgenes, sus alas amputadas, le visten de miseria. Ciego y sordo, aburrido del absurdo griterío que fluye del estadio, su tarea de sepulturero atribulado es música sin cobres, sin percusión, sin tan siquiera el ronco bajo de las ranas en su monótono croar, sin la batuta arbórea de las orillas viejas. El Manzanares pasa y con su lengua arrastra una vergüenza de leproso bíblico. Condenado a tolerar ninfas de plástico, ondinas de cartón, sílfides sucias de los más sucios desperdicios, pasa el río. Y así, cuando Sáez, el pintor, habló con Sicardi de las Pinturas Negras, *de cómo Goya había ido gestándolas acompañado de la soledad y esa sordera que le convertía en brujo maldito ante los ojos de las comadres —que nunca lograron ver el auténtico poder taumatúrgico del genio— el cariño del obsesivo contemplador del río se convirtió también en obligación. La quinta —dijo también Sáez entre otras cosas, cuando exponía en Kreisler— estuvo situada cerca del río, en algún altozano tal vez hoy ocupado por alguno de los cementerios. Tenía dos pisos y una huerta y, sin ser lujosa, parece que fue agradable; pero ya no existen ni rastros: desaparecieron incluso los cimientos, entre remolinos de polvo y escombros que, sin duda, este voluntarioso Manzanares habrá llevado lentamente al mar. Parecería todo una leyenda si no existieran algunas menciones, más menudas que abundantes, recogidas en textos no muy divulgados. Nadie ocupa hoy su tiempo en tema tan desvalido. Pero ¿y qué decir del cráneo?, ¿quién sabe, considerado el tema en serio, qué sucedió en realidad?; si dejamos las anécdotas y las hipótesis, nadie fue capaz de dar una explicación exacta; no, no empecemos culpando a los gabachos como siempre, dejemos por un rato la xenofobia. Eso dijo Sáez, extendiéndose en detalles, tratando de profundizar utilizando la memoria, volviendo a los datos escuetos, citando alguna vez a Ortega y Gasset, a Gómez de la Serna, la teoría de un frenólogo, ladrón y profanador de tumbas desde luego, todavía sin rabo, aunque, bien mirado, pudiera ocurrir que con el curso de los tiempos, teniendo en cuenta la corriente*

parapsicológica, el furor de los nuevos milagros y el hecho sociológico del OVNI, el cráneo del genial aragonés podía haber sido birlado no ya por un ser enjopado, probablemente maléfico, incluso de evidente carácter psicopático, manifiestamente merecedor de reclusión o castigo, como ejemplo para otros seres como aquel que quiso reducir a polvo «La Piedad» del Buonarroti, sino, tal vez, por un habitante de otro planeta que así quiso estudiar con profundidad al genio; no, no pensemos que la razón de todo está en la locura de alguna dama cursi, porque a nadie puede ocurrírsele que Goya fuera tan hermoso como para despertar tal pasión y, mucho menos, imaginar que todo fue debido a que dicha fémina enloquecida literalmente por «sus huesos» tras contemplar, por ejemplo, obras como «Caza de dientes», «El sueño de la razón produce monstruos» o, simplemente, «El Saturno». De todos modos, las Pinturas Negras *que se exponen en el Museo del Prado no son del todo las originales, pues, como te iba diciendo, éstas fueron directamente pintadas sobre los muros de la fantasmal quinta; los cuadros del Prado no son más que unas estupendísimas reproducciones logradas mediante un raro procedimiento. Y Sáez dio nombres, al menos un nombre, francés o inglés, Sicardi no lo recordaba, y tiempo después lo comentó con algunos amigos, en el bar, pero Sicardi estaba muy bebido y los otros creyeron que se trataba de un embrome, de una mentira provocada por los vapores del coñac. Déjate de bobadas, dijeron. Las pinturas son originales, no se le ocurre a nadie más que a ti contarnos algo así, claro, un inglés... ¿Por qué no nos dices ahora que en realidad Goya no era español, sino australiano? ¿Pintar directamente en los muros? ¿Nos has tomado por imbéciles? ¡Vaya fábula! ¡Digna de Asimov! Pero, no, nunca había tenido talento para mentir, creía en las palabras de Sáez, era un pintor serio, nunca hubiera inventado hasta tales extremos, incluso no había necesidad, ninguna pequeña o gran necesidad de hacerlo. Se veía en el espejo acariciándose las canas, ebrio de alcohol y aborrecible, sospechoso de imbecilidad recalcitrante, puerilmente susceptible y, sobre todo, aquellas canas, más aún las ya descamadas parcelas del rostro, cercando las ojeras abolsadas, necesariamente notorias incluso ocultas bajo las gafas oscuras. Rodeado de impotencia, desconfiado, inquieto, hubiera deseado encontrarse lejos de allí, tal vez a centenares de kilómetros, junto a la mar, mirando las olas golpeando la piedra en la escollera, justo como aquella vez, en el verano, pacífico y poseedor de equilibrio, ejerciendo de humano, anónimo y legítimo objeto componente del paisaje. Lucas Sicardi comenzaba a estar muerto y lo sabía desde dentro, lo iba aprendiendo desde hacía algunos meses, notaba su enorme necesidad de ir bebiendo día a día, recomponiendo las piezas del final hasta formar un suicidio lento, eficaz, aunque temía llegar a la meta demasiado tarde, atravesando etapas como las relatadas en los volúmenes, él no estaba dispuesto a soportar alucinosis ni delirium tremens, mejor si llega el caso usar en el momento la vía rápida, el Smith, por ejemplo, o quizá una buena dosis de barbitúricos, todavía no es necesario llegar a ese extremo, aún queda un buen trozo de camino, incluso existe la posibilidad de un accidente, un paro cardíaco, el inesperado estallido de una muerte repentina e indolora. Por lo demás, ya estaba todo hecho. El dolor. Ese era el único problema. Esto es demasiado aburrido, repetitivo, día a día los mismos sucesos, y año tras año la memoria no logra detectar imágenes auténticamente merecedoras de continuar, moviéndose para encontrar siempre el camino absurdo de lo cotidiano. El fracaso era absoluto y, desde luego, a más días vividos menos ganas de continuar en la urdimbre denominada vida. La*

palabrita estuvo bien en otros tiempos, inclusive puede que nunca, y tal vez tomará significados en el futuro. Pero ahora no. Ahora se reduce, simplemente, a cuatro letritas, mentirosas. El inventor del sentido común fue un tramposo. Sin embargo, ahora escribiría a todos, a los grandes, a los famosos y magistrales dueños del idioma, ese idioma rumoroso y antiguo, demasiado antiguo, tanto que nadie sabe ya ni cuándo se comenzó a hablar así, denominando animal a la perra que bebía sin pausa, ruidosamente, a golpes de lengua sobre el cacharro metálico recién lleno, el idioma que nombraba tetas a esos bultitos del vientre del animal que ahora viene a tumbarse lento, parsimonioso, pacífico, junto a los pies desnudos y fríos de él, de Lucas Sicardi, delgado y algo incompleto entre tanto humo como cuelga de las paredes, taponando la realidad, disfrazando el ambiente con los rostros de los escritores con renombre y prestigio, célebres en casi todos los países, notables para cualquier lector de cualquier idioma, y sí, porque ya fueron traducidos como corresponde a auténticos literatos con solvencia, no como esa otra legión a la que pertenece Sicardi, no como los anónimos pigmeos predestinados a la silenciosa construcción y al innominado escalafón. Sí, ahora les escribiría a todos, a los inmensos amos del idioma, no únicamente a peninsulares, sino también a isleños, también a los de más allá del charco salino, desde Tijuana a Punta Arenas o aún más allá, quizá hasta el mismísimo Cabo de Hornos, porque no se sabe bien, nunca se sabrá bien, del todo, como es preciso; a algunos les persiguen y obligan a olvidar su lugar de origen, a otros les dejan mudos a perpetuidad trasplantándoles a los llanos más cálidos si nacieron en las frías y picudas cordilleras; en definitiva, desde hace mucho tiempo, nadie puede saber los lugares donde viven ciertos escritores de talento porque la persecución siempre vuelve a crecer como bola de nieve; nadie sabe cómo comienza ésta, a nadie se le ocurre hacer las primeras averiguaciones, sondeos, muestreos, estadísticas frías al menos, consultas veladas a personajes allegados; ahora no servían las señas de siempre, las antiguas direcciones, no podían descuidarse tampoco los contenidos de las cartas y todo porque los militares, milicos, «pacos», esbirros paralelos, así como otros inquisidores tradicionales, suelen tomarlo todo al pie de la letra, y, así, uno no puede andarse con un idioma claro y habrá que apretar bien los garfios, a nadie se le debe ocurrir ir preguntando por situaciones internas de cualquier país de cualquier punto del globo, incluso ni por medio de metáforas oscuras: deberán ser tomadas todas las precauciones cuidadosamente, sobre todo en caso de que exista la más ligera sospecha de cambio de domicilio, debido, sin duda, a alguna acusación. Ya se sabe que los dueños absolutos del poder son los únicos poseedores de palabras como libertad o justicia, pueden entregar su significado en porciones pequeñas o grandes pero únicamente prestadas, teniendo derecho a exigir su devolución en cualquier momento para que nadie se crea con derechos ni opciones a patrimonio tan excelso. Por otra parte, pueden exigir los correspondientes réditos como ocurriera en diversas etapas de la historia del mundo. Y, entonces, nos apagaremos y dejaremos de reír como hombres auténticos; ya no reiremos más ni tan siquiera cuando veamos a un niño atareado en hablar con sus animales mecánicos o limpiando con esmero la piedrecita encontrada hoy a la salida del colegio, esa piedra pequeña y suave plagada de vetas inesperadas como los ojos y la piel de este ser pequeño a quien dimos nombre y festejamos nada más nacer.

No, dicen ellos, ustedes son unos revoltosos estúpidos, agitadores de inocentes, capacitados para destruir incluso el idioma. Sicardi ha llegado a casa, demasiado tarde,

subiendo las escaleras a pequeños saltos ruidosos por el excesivo silencio que cerca todo el barrio, pateando escandalosamente debido sin duda a los nuevos tacones de las botas. El mayor error de Sicardi ha sido no regresar antes, cuando la brecha del tiempo podía encubrirse bajo los voceríos del alcohol, cuando la luz no se volvía rebelde y lo aclaraba todo, con el sol allá, en lo alto, por sobre los tejados, bañando los sucios árboles de los que cuelgan trapos y desperdicios arrojados por los vecinos de los pisos más elevados. Y, ¿cómo se llama?, le había requerido el policía; él tuvo miedo, había sacado la pequeña cartulina numerada con temblor sospechoso en los dedos, con no demasiada urgencia y un gesto a primera vista cínico, pero cargado de terror, repleto de ese miedo que todos poseían bajo la capa de dureza, de costumbre por el tiempo que ya padecían, acorralados entre los uniformes sin rostro, los uniformes de siempre, desde que nacieron y aun antes, soportando el hedor de aquella aciaga multitud que espiaba y preguntaba y golpeaba o, lo que resulta peor, encarcela porque sí. Y él tuvo que venir desde la provincia a esta ciudad sucia, destartalada entre el humo de los ruidosos automóviles. Sicardi debía acabar con todo esto, ahora que todos duermen, excepto la perra, ese animal recogido de un cubo de basura un primero de mayo, llamado «Niebla» en memoria del que Alberti dejara a Neruda en Madrid, cuando los bombardeos. Sicardi debía haber regresado cuando la luz teñía todavía las cristaleras, los árboles, el asfalto, la multitud activa y la risa salobre de la taberna donde el estúpido uniforme sin rostro hiciera las preguntas incomprensibles. Desesperanzado y solitario, se preguntó qué había sido de tanto amigo como tuvo antaño, de tanta mujer como había creído amar, de tanto familiar más o menos denso y amoroso, entre abrazos y besos y apretones y comentarios sin trascendencia. Su lastre nacía de la incertidumbre y del miedo, aunque, nada es seguro, podía deberse a su empleo en la administración, su economía enteca, sus inadecuadas comidas entre el desorden de la literatura y la burocracia filtrándose, mezclándose en un perfecto caos, componiendo una urdimbre rencorosa que a días le obligaba a recapacitar, a convertirse en escritor o en burócrata y no en dos seres opuestos, en continua pelea, en pertinaz lucha por despacho o biblioteca, por gerencia o redacción, entre el aburrimiento cotidiano y la pequeña partícula de serenidad que le acompañaba por algún tiempo, a él, cuya educación no era delicada, cuyas costumbres se bordeaban de desorden; a él, que solía subir las escaleras a saltitos; a él, cuyos errores desmedidos solían escocerle entre los insanos y continuados tragos de alcohol nocherniego, de animal sediento, de ente hambruno viciado por los bocadillos de queso y anchoas e incontables botellas vacías de cerveza rubia entre folios vírgenes, entre páginas arrojadas a la papelera tras alguna frase desafortunada, entre movimientos planificados, timbres, disciplina, tasas, competencia, informes, recelo, subida de salario o de categoría profesional por méritos que nunca sospechó, así como visitas provisoras a la jefatura de personal entre el soniquete de palabras con rumor a calderilla: riqueza, producción, dividendos, ganancias. Ahora estaba Sicardi liberado —al menos durante algunas horas— del ruido del nauseabundo despacho. Al entrar en casa le recibió un olor a humedad culebrina. Había vuelto a encender la pipa una vez tupida con precisión, aspiraba el humo con placer, el maravilloso humo conseguido mientras ardía la mezcla de cuatro tabacos importados apenas encontrables en el mercado. Se descalzó sin prisas, mientras llenaba el baño con angustia, desnudándose tedioso, desabrochando la chaqueta con lentitud, arrancándose el suéter, contemplándose en el espejo como si fuera

un ser extraño, ondulante debido al vapor, mientras pensaba, mientras decidía que debía escribir a los magos, a los grandes, a los escritores que regresarían algún día a sus puntos de origen como daban a entender algunos periódicos, aunque nada estaba asegurado, todavía continuaban las preguntas por cualquier pequeñez, aún crecía cierta angustia que impregnaba los uniformes con tintes agresivos, existía un olor a cadaverina entre los impresos de cada mañana por cuyo papel se entrecruzaba el amargo eco de la denuncia palpable y el tufo de las quejas, y los gritos, y el desconsuelo y rostros sanguinolentos por golpes y torturas ocultas. Pensó en su reciente encuentro con el ser uniformado. Bah, se dijo, introduciéndose en la bañera, pensando y reafirmándose en sus obsesiones. Hoy escribiría esas cartas sin falta, o tal vez un trabajo circular, multicopiado. Hoy escribiría sin falta, sin posibles excusas ni justificaciones como las que acostumbraba, pues venía observándose y recurría a decirse siempre estoy enfermo y debido a la soledad, debido al miedo, debido a tanto fracaso acumulado debo silenciar, no molestar a nadie y menos a ellos, a quienes desde siempre y para siempre admiré, desde la primera lectura, y más, y sobre todo cuando cayeron bruscamente, desapareciendo los resuellos de sus plumas, los estertores de su palabra escrita y poderosa, sin ningún verbo leve, con alguna porción de misterio y cantidades de desobediente aristocracia entre torrentes de maravillosa euforia, entre riadas de luciferina, inteligente, sutil vehemencia, y chorros, más chorros de diligente espera, de feroz rebeldía e incluso paletadas de sapiente griterío por sobre el cataclismo, nadando en contra del troncón que llega. Palabras demasiado fecundas para ser devoradas en un instante, pues fueron construidas con exceso de piedad, con el sabor de un guiso elaborado en el justo calor de un fuego lento y continuado, de un chisporrotear sumamente controlado. Frases construidas sin la impotencia que habita en el terror. Páginas felizmente creadas con devoción, con la certidumbre del elevado precio, ejecutadas pensando fieramente en los seres vulgares, ya cansados, inconvenientemente despojados de afanes, infelices humanos con la adversidad bajo el brazo como un paquete secular, siempre con un deseo de justicia pendiendo flacamente de sus ojos. En ellos, en nosotros, es decir, en todos, suelen pensar cuando escriben despacio; sí, desde luego nos ven a todos y piensan en nosotros, también en mí, a pesar de que ahora pretendo escribirles sin ningún motivo específico, tal vez por demasiados motivos importantes, o incluso firmemente porque a mí no me preocupa únicamente vuestra salud, así les diré, sino también la de vuestra literatura, la de esos libros que siempre me acompañan y me comunican un regusto cálido y sabroso, con la sensación de ser el principal invitado en dicha fiesta saludable, inexplicable y complicada como para ser descrita en una corta frase; sí, os escribiré porque siempre soñé con ser uno de vosotros, siempre quise convertir mis líneas desharrapadas en frases lujuriosas y límpidas, listas ya entre rotativas y galeradas, anunciadas en grandes cartelones colgados en las puertas de los lugares junto a los libros publicados por Gallimard, Feltrinelli u otras editoriales, aunque sean ínfimas, quebradas, pero con prestigio y pordioseros accionistas preocupados por la literatura; sí, carteles amarillos con letras negras donde pueda leerse el nombre de Sicardi bajo un título, cualquiera, aunque no será posible, nunca lo lograría, se dijo mientras recordaba a Carlos, el viejo Droguett, aún omitido en el Larousse, aunque puede que su sonrisa oteara otras líneas como por ejemplo las dedicadas a su amigo Pablo, sí, «Rokha (Pablo de), poeta chileno (1894-1968)», sin añadir nada más, sin describir en lo absoluto su carácter, su

obra, porque como había escrito Carlos, testigo y nítido espectador de los hechos, Pablo de Rokha era un vehemente, un apasionado, incluso injusto a menudo, porque su obligación era serlo, ya que no fue un aventurero, sino un hombre y un poeta cargado de coraje, elaborando su obra de espaldas contra el mundo, contra el mundo de los escribas y los amanuenses, contra el universo gordinflón de sus enemigos burgueses, que le aislaron y le silenciaron y le expulsaron de su sociedad biempensante, pura, sin un átomo de fiemo, sin una brizna de sudor, pero también esterilizada de naturalidad y confianza, por eso Pablo de Rokha se había convertido en una sombra mítica proyectándose sobre la península, enterrada en muchos lugares, tachada casi siempre como fuera él tachado en cuerpo y alma y obra, como fuera querido tacharse el disparo que se introdujo en el paladar con un sabor a grasa fría que en un instante se convierte en cálida sangre por donde escapa la vida, tal vez por donde penetra la muerte. Sí, Carlos, pensaba Sicardi acercándose a la estantería minuciosamente limpia y ordenada, con muchos volúmenes dedicados, con páginas por entre las cuales crecía un olor a tiempo, un gran aroma a sucesos y a memoria y a desolada incertidumbre nada grata, a acontecimientos demasiado importantes y trágicos como para ser olvidados. Recordó a Carlos mientras abría el primero de los libros y comenzó a leer las primeras líneas; sí, a veces volvía a «Eloy», releía la pequeña introducción que podía haber sido el final de la novela, «en los bolsillos de su ropa se encontraron las siguientes especies: un escapulario del Carmen, una medalla chica, un devocionario, un naipe chileno con pez castilla y jabón, dos pañuelos limpios, uno de color rosado y otro violeta, un portahojas «Gillette» y dos hojas para afeitarse, una peineta, un espejo chico, un cortaplumas de concha de perla, una caja de fósforos, un cordel y una caja de pomada para limpiar la carabina»; sí, Carlos, te escribiré hoy mismo, lo haré aunque sea de barriga, aunque me cueste tanto como remirar los billetes que conservo entre las páginas del libro, entre esas páginas que nos describen a ese ser no tan malvado como ciertos hombrecitos sin demasiada vida hacia atrás ni hacia adelante, los billetes que trajo Cardisi ya realizado el golpe, los billetes amontonados porque no servían para nada, ¿sabes que ya no valen nada?, eso había dicho Cardisi ya asesinado Allende, entregando el montón de papeles coloreados e impresos con cuido, enterrando en un olvido no demasiado profundo el medio escudo con el rostro de O'Higgins, los diez escudos con el perfil de Balmaceda, suicida como de Rokha, los cinco escudos con Manuel Bulnes; Balmaceda, sin embargo, deberá ser tenido en cuenta, deberían estudiarse los pormenores de ciertos suicidios, debiera tenerse en cuenta el enorme número de gentes que se quitan la vida junto a la cordillera, sobre todo entre el Pacífico y los Andes, desde Arica hasta las islas de Diego Ramírez; ah, esa costumbre antigua y manoseada como la historia de la infelicidad humana, soterrada entre estadísticas y soluciones falseadas, incluso entre algunos pueblos que rebosan aparente salud, felicidad a borbotones al menos en los ojos, al menos en el color rosado de las mejillas y las sienes, pero Sicardi había oído comentar que los hombres no se suicidan en su estado más primario, había leído que en contacto con la naturaleza el hombre no deja la vida voluntariamente porque no existe la angustia, porque el miedo a vivir no es brutal como cuando ya nada se espera, sino un poco de riqueza o de poder mezclándose en lo cotidiano espantoso, pueril, demasiado brutal y odiosamente pánico; sí, debiera tomar alguien cartas en el asunto, los estados no se preocupan demasiado por este hecho, los gobernantes suelen quedarse fríos ante las cifras,

entre las que no aparecen los intentos baldíos, ni los viajes infructuosos, ni la lenta estéril espera hacia el final cortada con urgencia por afanosos y pacientes médicos; no, decididamente puede pensarse con holgura y seguridad, los gobiernos no tienen intención de atajar este camino, incluso suelen castigar a los suicidas frustrados porque quedaron excluidos de la ley y el orden, salieron de las letras impresas que dicen claramente lo que se puede hacer, nadie tiene derecho sobre su propia vida y menos sobre la consiguiente muerte, ningún ser humano digno de tal nombre deberá decidir en qué momento quiere irse, qué día, hora o lugar o situación es correcto para acabar cerrando el paréntesis que alguien abriera sin pedir más explicaciones, sin preguntar si la llegada es deseada por el viajero. Sicardi, entonces, tampoco tenía derecho a casi nada, eso le diría a Carlos, eso le escribiría, ahora, lo narraría, también para Onetti, también para Rulfo, sobre todo para él quiéralo o no pues sabe de Comala, de Luvina y de Talpa, de la muerte en suma también, de sus voces dialogando bajo la tierra y los ríos cruzados en todos los lugares del planeta y es capaz de narrarlo en voz baja, como suele hablar, como dicen que habla entre numerosos, graves silencios, que nos toman de imprevisto haciendo que se caigan todas las máscaras, dejándonos la calavera como único disfraz válido y final. Ahora iba a escribir por fin esas páginas e intentaría narrar toda esa angustia que crecía a borbotones y que, tal vez, fue transmitida por algún antepasado macilento y flaco como él.

JUAN QUINTANA
Matadero, 4
MIGUELAÑEZ (Segovia)